

569445000.001

Con un fuerte acento

Luciano

JESÚS GALLEGO MARQUINA.  
UN PINTOR TAMBIÉN POETA.  
LUCIANO GARCÍA LORENZO  
CSIC.



El día de las Aguedas (5 de febrero) de 1900 nació en la calle de San Torcuato, una de las más céntricas de Zamora, Jesús Gallego Marquina, el último de los ocho hijos tenidos por Víctor Gallego, palentino, abogado del Estado y alcalde de Zamora en los años veinte, y de Casilda Marquina, vizcaína y dedicada a la casa y a su numerosa familia.

Jesús estudió en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid (1921-1925), pensionado por la Diputación zamorana, y en la capital conoció a Zuloaga, Solana, Arteta, Vázquez Díaz, Benedito, Romero de Torres, etc., de los cuales aprendió y con los cuales trabó una amistad de la que se sintió siempre orgulloso, de la misma manera que siempre guardó amistad y entrañables recuerdos de compañeros de la Escuela como Maruja Mallo, Rafael Pellicer o Fernando Briones.

En 1926, y apoyado económicamente por la misma Diputación, Marquina se traslada a Italia para perfeccionar sus estudios en Florencia y Roma. Al año siguiente, el pintor abre su primer taller en Zamora y el lugar elegido no puede ser más acertado: a orillas del Duero, en el popular barrio de Olivares, frente a las murallas y la catedral románica y al lado de las ruinas del puente romano y de las aceñas. La casa, cerca de un viejo molino, había sido durante decenas de años vivienda de molineros y almacén de granos y harinas. Y por esta casa, convertida en estudio, pasarán en los años siguientes Unamuno, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Mariano Benlliure, Manuel Gómez Moreno, Francisco Alcántara... Nombres ligados a la personalidad y a la obra de Gallego Marquina durante mucho tiempo, alguno —como Unamuno— presente en sus cuadros <sup>1</sup> y otros, como Benlliure y Alcántara, protagonistas de importantes acontecimientos: el

<sup>1</sup> Al menos en dos aparece don Miguel. El primero es de 1930 (un magnífico retrato); el segundo, titulado «La procesión del amanecer», es de 1949 y en él aparece Unamuno junto a Gallego Marquina y otros personajes presenciando un desfile procesional de la Semana santa zamorana.

primero por llevar a cabo, en 1929, la primera exposición de Gallego en el Museo de Arte Moderno de Madrid (Benlliure era el director) y el segundo por instalar en la provincia de Zamora, con la ayuda del pintor, los talleres de verano de la Escuela de cerámica con los resultados que la crítica posterior ha juzgado adecuadamente <sup>2</sup>.

En 1931, el pintor se traslada a Madrid, instalándose en un piso de la calle de Zurbano, y un año después se casará con Felicidad Carrascal, vallsolietana pero a la que había conocido en Zamora. En la capital de España el pintor participará activamente en la vida intelectual de la ciudad y fruto de ello será su estrecha amistad con Azaña y Torner, su amistad con Menéndez Pidal y de ella la colaboración en las «Misiones pedagógicas», su entrañable cariño —era mutuo— hacia Gutiérrez Solana y Victorio Macho... Pero la pintura —la creación pictórica— no podía sostener una casa y Gallego Marquina ganará la selección que convoca el Gobierno en 1933 para cátedras de Enseñanza Media, trasladándose ese año a Béjar y dos después a Salamanca... Cada vez más cerca de Zamora y ya al lado de don Miguel de Unamuno, su gran amigo, su gran maestro en la vida y en la reflexión intelectual.

Durante la Guerra civil, Gallego —de convicciones republicanas y consecuente siempre con ellas— trabaja como educador impartiendo clases de dibujo, colabora con las «Misiones pedagógicas» y canta, para alivio de soldados y de heridos, en cuarteles y hospitales, como antes lo había hecho en su inolvidable «Real Coral Zamora» o en el «Cuarteto Castilla», fundado en Madrid bajo la dirección de Casal Chapí. Y seguirá pintando, pero esto en soledad y en silencio.

Diez meses en la cárcel de Zamora, algo más de dos años en «Las Comendadoras» de Madrid, pena de muerte solicitada por el fiscal en el juicio celebrado en 1942 y seis años y un día de condena, son los avatares —dramáticos avatares— de la inmediata posguerra para Gallego Marquina, que sale en libertad en la primavera del cuarenta y dos, trasladándose a Barcelona donde residirá hasta su muerte, en la madrugada del día de Reyes de 1987. Atrás ha quedado una labor pictórica de reconocido mérito; sus estancias en Medina de Rioseco, Toro, Zamora, el Lago de Sanabria, las tierras de Aliste, la costa gallega, paisajes que llevó a los lienzos repetidamente y buhoneros, campesinos o pescadores de esas tierras que quedaron en sus cuadros para siempre; sus exposiciones en Madrid, Barcelona, Caracas, etc.; sus enseñanzas en el «Estudio libre de Bellas Artes» por él fundado en la ciudad condal; el nacimiento de cinco hijos; la muerte, en 1972, de su mujer («Te me robaron ángeles celosos / de tu felicidad y de la mía»)... Pero, como Unamuno clamaba, permaneciendo para siempre en decenas de hogares y a la vista de todos en diversos museos de España y del extranjero.

<sup>2</sup> Vid. el reciente volumen de Francisco R. Pascual, Antonio Cea y Concha Casado, *Tipos y trajes de Zamora, Salamanca y León. Acuarelas de la Escuela Madrileña de Cerámica*. Zamora, Caja de Ahorros Provincial, 1986.

\* \* \*

En 1974, Jesús Gallego Marquina expuso en el madrileño Salón Cano. A partir de esa fecha, y hasta su muerte, paseamos no pocas veces por el Madrid que los dos tanto queríamos (él siempre con la referencia de otro Madrid en el recuerdo), me redescubrió, un día de otoño, la Barcelona que le dio albergue y confianza en sí mismo y cruzamos más de una vez el viejo puente de piedra en Zamora para ver el atardecer desde la carretera de Salamanca. En 1976, y acusando la recepción de mi libro *Zamora en la literatura* <sup>3</sup>, Jesús Gallego me envió unos poemas; todos estaban dedicados a Zamora y todos escritos en días trágicos: tres en plena guerra civil, dos en la cárcel de su ciudad natal y el último compuesto en «Las Comendadoras» de Madrid. Esta es parte de la labor poética de una personalidad envidiable —excelente pintor, magnífico barítono y emotivo poeta—, inédita hasta el momento <sup>4</sup>.

#### TIERRAS DEL ROMANCIERO

La Tierra de Zamora, tan variada,  
es pobre por igual y sin embargo  
bella. Sierras frías, robledales,  
eternas nieves, canchos  
fieros donde las nubes se desgarran  
y arribes arriscados.

Llanuras y llanuras que se pierden  
en vagos horizontes violados,  
tierras de pan llevar, «mantas muleras  
con remiendos de tan distintos paños»,  
festones de caminos polvorientos,  
encinares lejanos...

Esta tierra sedienta y olvidada,  
con pueblos como costras, agarrados  
al suelo, con castillos por el tiempo  
roídos, monasterios solitarios,  
ayer cuna de reyes y hoy ruinas  
pobladas de lagartos...

Esta tierra dramática y rebelde,  
no rendida ni al Cid, espada en mano,  
se nutre con las glorias de otros días

<sup>3</sup> Zamora, Caja de Ahorros Provincial, 1975.

<sup>4</sup> Sobre Jesús Gallego Marquina hay numerosos artículos en periódicos y revistas, principalmente con motivo de sus exposiciones. El único libro de conjunto es el de Alberto Hernández (*Gallego Marquina, pintor*. Zamora, Instituto de Estudios zamoranos, 1988), útil por los datos ofrecidos y las reproducciones de cuadros, pero sin detenerse el autor, a pesar del título, en el análisis de la obra del pintor.

y mira su indigencia sin espanto,  
mientras su seno arañan sus labriegos  
con arado romano...

¡Tierra de mi niñez inolvidable!  
que el Duero lamé y vase sollozando  
y se durmió en la Historia... ¡Quiero ver  
tu despertar, un día no lejano!

Madrid, septiembre de 1937

### TIERRAS DEL ROMANCERO

Murallas carcomidas, torreones,  
plazuelas, recatados callejones  
donde la yerba crece. Solariegos  
palacios con escudos y blasones  
de apellidos sonoros, Mazariegos,  
Sotelos y Sanabrias... Catedral  
altanera, castillo medieval...

Piedras que dora el sol y las espeja  
mirándolas el Duero, que las deja  
entonando su cántico triunfal.

¡Noches de azul, de plata y de brillantes  
en la Ciudad dormida! Dos amantes  
se miran en silencio... La lechuza,  
irónica, chirría tremolantes  
notas y se oye su vuelo, que cruza  
la altura, junto al viejo campanil.

¡Zamora del romance y de la Historia  
y tú, sonar del río varonil!  
nunca fuistéis imagen ilusoria.  
¡En mí alma estais, vivís en mi memoria!

Madrid, septiembre de 1937

### RECUERDOS Y AÑORANZAS

Al río Duero

Lejos de tí, mi Duero a quien la vida  
tengo atada con lazos de ternura,  
siento hincada la dura  
flecha de tu nostalgia y en la herida,  
con sádico deleite, la memoria  
halla placer, palpando persistente  
en el ayer ausente,  
que en tus aguas holgando, fue mi gloria.

Oyendo tu canción,  
cuantas horas gozadas a tu orilla,  
brizando mi esperanza una baquilla  
tan frágil, como bella mi ilusión...

Aprendí con tu ejemplo fortaleza,  
viéndote discurrir a tú albedrio,  
que siendo artista, fuiste obrero, río  
mío, dando al poeta con largueza  
inspiración divina,  
como tu esfuerzo, con tesón diario,  
mi Duero proletario,  
al mover el rodezno y la turbina.

Tus aguas no han cantado lisongeras,  
ni sobre falsa fuente,  
ni con voz engolada en el torrente  
artificial de un parque. Son sinceras  
y cantan lo que sienten. Las pasadas  
grandezas a ciudades que son de oro,  
Soria, Zamora, Toro...

A las viejas aceñas arroñadas,  
sentidas elegías y vibrantes  
odas a los mimbreros verdeazules,  
a chopos y abedules  
y a las navas y tesos, que anhelantes  
se miran en tus ondas.

Esas ondas, mi Duero, que en mis mozos días  
molían pan y mis retozos  
alegraban, debajo de las frondas.

Cuantas propicias veces arrullaron,  
del que fue mi taller inolvidable  
y en su silencio amable,  
noches que coronaron  
mis ocios y mis sueños creadores  
y el reposo también, sobre mi pecho  
de la amada que el lecho  
conmigo compartía y mis amores...

¡Quién pudiera otra vez, verte en Urbión,  
dó te cantó Machado,  
por las nieves y pinos acochado!

De rincón en rincón  
seguirte por tu ruta legendaria,  
espejando ora nubes y altozanos,  
ora puentes romanos  
coronados por yedra milenaria,  
ora castillos, pueblos y caminos,  
parpadeos de luces



ciudadanas o míseras, las cruces  
de hervosos cementerios pueblerinos.

Seguir y más seguir a tu corriente,  
ver los ocres reflejos de la arcilla,  
dó prende la semilla  
de nuestra raza ingente,  
la de los Berrugetes, y Rodrigos  
y Manriques, de santos y guerreros  
y de los comuneros  
que osaron ser del César enemigos...

Verte saltar azudas  
junto al molino umbroso,  
gozando de alamedas oloroso  
frescor. Y en las desnudas  
quietudes de tus playas soleadas,  
ver jugar a mis hijos en la arena,  
su piel tersa y dorada de luz plena,  
sentir su voz, sentir sus risotadas  
y sus llantos también ¡esas delicias  
no gozadas aún! y verte, grave  
y alegre, Duero amado, cuando suave  
y paternal, por mí les acaricias...

Y si es que «nuestras vidas són los ríos  
que van a dar al mar, que es el morir»,  
cuando muera, también quiero al mar, ir  
sereno, sin haberme doblegado,  
preñadas de infinito mis canciones,  
firmes mis convicciones  
sin sentir el dolor de lo pasado,  
¡oh, Duero mío! pero sí el contento  
de ver que mi trabajo, cada día  
fue laborando en mí con alegría,  
la placidez del último momento.

Madrid, octubre de 1938

¡LLUEVE, LLUEVE...!

La tarde sin cesar llora.

El cielo, tan gris, que ahora  
el limpio azul de Zamora,

se conmueve,  
al verse en el charolado  
viejo espejo del tejado  
de la cárcel, reflejado.

Llueve, llueve...

La tarde con desconsuelo

llora y se envuelve en el velo,  
es viuda del sol, del cielo.

Y con leve  
movimiento se desliza  
el agua, que pompas briza  
en las losas, huidiza...

Llueve, llueve...

El agua cae incesante  
pertinaz y torturante  
y el alma que está anhelante,  
bebe, bebe  
toda la melancolía  
de la terca melodía  
de la lluvia y desvaría,  
mientras llueve...

Cárcel de Zamora, octubre, 1939.

#### CARCELERAS

A Pablo Morán, amigo auténtico

Cuando lejos de tí, mi amado Duero,  
testigo de mejores horas mías,  
rumiaba los recuerdos de otros días,  
los ecos de tu cántico trovero  
¡cómo endulzaban mis melancolías!

Os soñaba cantar no interrumpido  
de la brava corriente,  
policroma armonía de caliente  
ocre y oro bruñido,  
en piedras del castillo al sol poniente,  
Peña Tajada, do Zamora asienta  
su desdén y su empaque milenario  
y el mudo relicario  
de las vetustas rúas, donde alienta  
todavía la luz de algún osario...

Y también os soñaba, glauco anhelo  
vertical de los olmos, que temblores  
en el agua espejáis y resplandores  
de nubes que en el cielo  
encendéis los rubores.

Cuando lejos de tí, mi Duero amado,  
amigo de mis años infantiles  
y de mi mocedad, bellos abriles  
de aquel fugaz pasado,  
herido de no verte en mis febriles  
delirios te veía

y gozaba recuerdos de un ayer,  
que ya no ha de volver,  
tu nostalgia era fuego donde ardía  
en ansia el alma, por volverte a ver  
y por gozar de nuevo tu caricia,  
surcando en frágil lancha,  
de tu corriente glauca la avalancha,  
al ritmo de los remos, la propicia  
canción, que el pecho ensancha...

¡Canciones y optimismo...!

Amigos tan queridos como hermanos,  
deleites prematuros, ya lejanos,  
risas, suspiros, besos... en un mismo  
torbellino mezclados con paganos  
amores no olvidados... Esperanzas  
e ilusiones... ¿adónde os habéis ido?

El eco se ha extinguido  
de homenajes, lisonjas y alabanzas  
que fueron un arrullo fermentido.

Antes, lejos de tí, viví soñando  
volver a tu regazo, tu ribera,  
Duero mío y en la forzada espera,  
más feliz era cuando  
veía de lograrlo la manera.

Y ahora de tí tan cerca en las ceñudas  
noches, desde la cárcel, también siento  
traído por el viento,  
el triunfante clamor de tus azudas,  
cuyo bravo concento  
que tiene grato son de libertad,  
escucho con fervores de creyente,  
bien dispuesto a seguir de tu corriente  
el ejemplo de su serenidad,  
que opone a las miserias del presente  
himnos de eternidad...

Cárcel de Zamora, mayo de 1939.

## OTOÑO

Mansamente deslízase entre amenas  
alamedas el Duero, terso espejo  
donde tiembla y se quiebra el oro viejo,  
con que encendiera el sol torres y almenas.

Adarves y conventos, piedras plenas  
de vida medieval y triste dejo

de toque de oración. En el reflejo  
sobre las ondas, goza sus serenas

líneas la bizantina catedral.

Verdeazul es el cielo y un estrato  
de púrpura lo cruza en diagonal.

El puente ya está en sombra y es  
más grato  
el cantar de la azuda en el recato  
tranquilo del crepúsculo otoñal.

Cárcel de Comendadoras de Madrid,  
junio de 1940.